

El Cenobio de Belmonte



Un viaje hacia la verdad y el propósito

Por José Alfonso Garre

Capítulo 1

El susurro del apiario

“La verdad siempre se oculta en los silencios, no en las palabras.”

El aire olía a tierra húmeda y a flores silvestres. Covadonga, ahora Sor Cova, caminaba con pasos medidos detrás de Sor Clara, quien la guiaba por un sendero serpenteante que ascendía hacia las colinas detrás del cenobio. El canto de los pájaros se mezclaba con el susurro del viento, y aunque el paisaje era sereno, algo en el ambiente parecía susurrar secretos que no se atrevían a ser pronunciados en voz alta.

Habían pasado ya algunos días desde su llegada al cenobio, un lugar que parecía existir fuera del tiempo. Las hermanas la habían acogido con una calidez que no esperaba, pero también con una reverencia velada que la incomodaba. Todas parecían saber algo que ella desconocía, un misterio que se reflejaba en sus miradas cada vez que la observaban.

—Es aquí —dijo Sor Clara, deteniéndose al borde de un claro rodeado de altos árboles.

El apiario se alzaba frente a ellas como un pequeño reino en miniatura. Las colmenas, hechas de madera oscura y desgastada, estaban dispuestas en filas ordenadas, pero había algo en su

disposición que parecía deliberado, casi ritual. Las abejas zumbaban alrededor, formando un coro inquietante que llenaba el aire con una vibración constante.

Sor Clara se volvió hacia ella con una sonrisa nerviosa.

—La madre superiora me pidió que te dejara sola. Dice que... bueno, dice que el espíritu del apiario te estará esperando.

Sor Cova frunció el ceño, pero asintió. Había aprendido en esos días a no cuestionar las palabras de Sor María, cuya sabiduría parecía ir más allá de lo humano. Sor Clara hizo una pequeña reverencia y comenzó a descender por el sendero, dejando a Sor Cova sola frente al apiario.

El zumbido de las abejas se hizo más intenso, como si hubieran percibido su presencia. Sor Cova dio un paso adelante, sintiendo cómo el aire a su alrededor parecía volverse más denso, cargado de una energía que no podía explicar.

—¿Espíritu del apiario? —murmuró, sintiéndose algo ridícula al pronunciar aquellas palabras en voz alta.

No hubo respuesta, al menos no inmediata. Pero entonces lo sintió: una presencia, sutil pero inconfundible. No era algo que pudiera ver o tocar, pero estaba ahí, envolviéndola como un manto invisible.

Cerró los ojos y respiró hondo. Una imagen comenzó a formarse en su mente, como un sueño que emergía del fondo de su conciencia. Vio un vasto campo de flores doradas bajo un cielo púrpura y escuchó un murmullo suave, como si miles de voces hablaran al

unísono en un idioma que no entendía pero que de alguna manera podía sentir.

—No temas —dijo una voz, clara y femenina, aunque no provenía de ninguna dirección en particular.

Sor Cova abrió los ojos de golpe, buscando a su alrededor, pero no había nadie. Solo las abejas, que seguían zumbando con una intensidad casi hipnótica.

—¿Quién eres? —preguntó, su voz temblando ligeramente.

—Soy el espíritu del apiario —respondió la voz, ahora más cercana, como si hablara directamente dentro de su mente—. He estado esperando por ti.

Sor Cova sintió un escalofrío recorrerle la espalda. Había algo profundamente extraño en todo aquello, pero también algo familiar, como si esta conversación ya hubiera ocurrido antes, en algún lugar más allá del tiempo y el espacio.

—No sé nada de abejas —admitió ella, sintiéndose vulnerable ante esa presencia invisible.

—No necesitas saber —respondió el espíritu—. Ellas te enseñarán. Pero primero debes escuchar.

El zumbido de las abejas cambió entonces, transformándose en algo más articulado, casi melódico. Sor Cova se dio cuenta de que estaba comenzando a entenderlo, no con palabras, sino con sensaciones e imágenes que se formaban en su mente como

fragmentos de un rompecabezas. Vio ciclos de vida y muerte, vio la danza de las abejas mientras comunicaban secretos invisibles entre ellas, vio la conexión profunda entre las flores y las colmenas, entre la tierra y el cielo.

El espíritu continuó hablando mientras las visiones fluían dentro de ella:

—Las abejas son más que criaturas de este mundo; son guardianas del equilibrio. Cada colmena es un microcosmos del orden divino, y tú has sido elegida para protegerlo. Pero este no es solo tu deber; es también tu prueba.

—¿Mi prueba? —repitió Sor Cova, sintiendo cómo su corazón comenzaba a latir más rápido.

—Hay algo oscuro acercándose —dijo el espíritu con un tono grave—. Algo que amenaza con romper el equilibrio que hemos mantenido durante siglos. Tú eres la clave para detenerlo, pero primero debes demostrar tu valía.

Sor Cova sintió que sus piernas flaqueaban y cayó de rodillas frente a las colmenas. El peso de aquellas palabras era casi insopportable, pero al mismo tiempo despertaban algo dentro de ella: una chispa de determinación que no sabía que poseía.

—¿Qué debo hacer? —preguntó finalmente, levantando la mirada hacia el cielo azul pálido que se extendía sobre ella.

El espíritu no respondió de inmediato. En cambio, una abeja solitaria voló desde una de las colmenas y se posó suavemente en

la palma de su mano extendida. Sor Cova la observó con fascinación mientras la pequeña criatura movía sus alas con delicadeza y luego alzaba el vuelo nuevamente hacia el cielo.

—Escucha a las abejas —dijo finalmente el espíritu—. Ellas te mostrarán el camino cuando llegue el momento. Por ahora, aprende a cuidar de ellas como ellas cuidan del mundo.

El zumbido comenzó a disminuir gradualmente hasta convertirse en un murmullo lejano, y Sor Cova supo que la presencia del espíritu se había desvanecido por ahora. Se quedó allí arrodillada durante varios minutos más, tratando de procesar lo que acababa de suceder.

Cuando finalmente se levantó y comenzó a descender por el sendero para regresar al cenobio, sintió que algo dentro de ella había cambiado irrevocablemente. No sabía qué le esperaba en los días venideros ni qué significaba realmente aquella "prueba" de la que había hablado el espíritu del apiario, pero una cosa era segura: su vida ya no le pertenecía solo a ella.

Al llegar al cenobio, Sor Clara la estaba esperando junto a la entrada con una expresión ansiosa en su rostro.

—¿Todo bien? —preguntó la hermana portera con evidente curiosidad.

Sor Cova asintió lentamente antes de responder:

—Todo está bien... por ahora.

Al llegar a su habitación, Sor Cova cerró la puerta lentamente, como si temiera que el eco de sus pasos y el crujir de la madera revelaran algo que prefería mantener oculto. La tenue luz de la vela sobre la mesilla proyectaba sombras alargadas en las paredes, figuras que parecían moverse con vida propia. Se sentó en el borde de la cama, sus manos temblorosas sosteniendo el rosario que nunca abandonaba. Pero esta vez, no rezó.

Sus pensamientos se desbordaron, como un río que rompe un dique. ¿Cómo había llegado hasta allí? No solo a esa habitación fría y austera del convento, sino a ese momento exacto en el que su fe se tambaleaba como una llama al viento. Recordó las palabras de Sor María durante su última conversación, palabras que parecían cargadas de un significado que no lograba descifrar del todo.

“En este lugar, nada es lo que parece, hermana. Pero recuerde: la verdad siempre se oculta en los silencios, no en las palabras.”

Esas frases habían quedado grabadas en su mente, resonando como un eco persistente. Sor María siempre había sido enigmática, con una mirada que parecía atravesar las almas, pero aquella vez había algo diferente en su tono. Era como si intentara advertirle de algo... o confesar un secreto que no se atrevía a decir en voz alta.

Sor Cova se levantó y caminó hacia la pequeña ventana. Afuera, la noche abrazaba el convento con un manto de oscuridad impenetrable. Solo el ulular del viento rompía el silencio sepulcral. Desde que había llegado a ese lugar, había sentido una inquietud constante, una sensación de ser observada incluso cuando estaba sola. Pero esa noche era diferente. Algo estaba cambiando.

Volvió a sentarse y cerró los ojos, intentando recordar los detalles exactos de su llegada. Las imágenes eran borrosas, fragmentos dispersos de un viaje que ahora le parecía más un sueño que una realidad. ¿Por qué había aceptado venir a este convento perdido entre montañas? ¿Qué la había impulsado a abandonar su antigua vida?

Y entonces, como un destello en medio de la penumbra, recordó algo. Un nombre que Sor María había mencionado, casi en un susurro: “El Archivo.” No había explicado qué era ni dónde se encontraba, pero su expresión al decirlo había sido suficiente para sembrar una semilla de curiosidad en Sor Cova.

De repente, un golpe suave en la puerta la sacó de sus pensamientos. Su corazón dio un vuelco. Nadie solía visitarla a esas horas. Se levantó con cautela y abrió apenas una rendija. No había nadie. Solo el pasillo vacío y oscuro frente a ella. Pero en el suelo, justo frente a la puerta, había un pequeño papel doblado.

Lo recogió con manos temblorosas y lo abrió lentamente. Dentro solo había tres palabras escritas con una caligrafía apurada: “Busca el Archivo.”

Sor Cova sintió un escalofrío recorrerle la espalda. Algo le decía que esa noche no encontraría descanso, y que las respuestas que buscaba estaban más cerca... y más lejos de lo que jamás habría imaginado.

Capítulo 2:

Ecos de la colmena

"La paz es un regalo laborioso, dulce como la miel, pero siempre bajo amenaza si no se protege con cuidado."

Cova despertó con el susurro del viento acariciando las hojas de los árboles, un sonido que se entrelazaba con el murmullo constante del río cercano. Su aldea, escondida entre colinas verdes y cielos despejados, era un refugio de calma en un mundo que una vez conoció el caos.

La vida en la aldea era simple pero profunda. Las cabañas de madera y paja se alzaban en círculos armoniosos, rodeando un claro central donde los aldeanos se reunían cada mañana para compartir historias, risas y planes para el día. Cova solía sentarse bajo el gran árbol del centro, un roble antiguo cuyas raíces parecían abrazar la tierra con una fuerza protectora. Allí, escuchaba atentamente las palabras del anciano Norel, quien siempre decía que la paz que ahora disfrutaban era un regalo, recibido del cielo desde que terminó la Gran Tribulación.

Sin embargo, había algo más. Algo que Cova sentía en lo profundo de su ser, como un hilo invisible que la conectaba con todo lo que la rodeaba, una presencia etérea que parecía susurrarle secretos antiguos al oído. No era una voz clara, sino más bien un torrente de

imágenes y sensaciones que se desplegaban en su mente como un mosaico de recuerdos ajenos.

El espíritu le mostraba fragmentos de otro tiempo, cuando los hombres vivían como abejas en una colmena. No había jerarquías ni disputas; cada individuo tenía un propósito claro y trabajaba en perfecta sincronía con los demás. La aldea misma parecía reflejar esa antigua armonía. Los aldeanos cultivaban la tierra juntos, compartían sus cosechas y cuidaban unos de otros como si fueran parte de un organismo mayor.

Cova cerró los ojos y dejó que las visiones fluyeran. Vio campos dorados iluminados por el sol, donde hombres y mujeres trabajaban codo a codo, sus movimientos tan coordinados como el vuelo de un enjambre. Vio niños corriendo libres entre los árboles, sus risas resonando como una melodía que se fundía con el canto de los pájaros. Y vio algo más: una oscuridad que acechaba en los bordes de esos recuerdos, como una sombra que amenazaba con romper la frágil paz.

El espíritu le mostraba estas imágenes no solo para recordarle lo que había sido, sino para advertirle. La paz era como la miel: dulce pero laboriosa de obtener, y siempre bajo amenaza si no se protegía con cuidado. Cova abrió los ojos, sintiendo una mezcla de gratitud y responsabilidad. Sabía que debía compartir estas visiones con los demás, pero también sabía que no todos entenderían.

Esa noche, mientras las estrellas brillaban sobre la aldea y el fuego del centro crepitaba suavemente, Cova se levantó para hablar. Su voz resonó clara y firme mientras relataba lo que había visto y

sentido. Algunos aldeanos escucharon con fascinación; otros fruncieron el ceño, inquietos por las sombras en sus palabras.

"Vivimos en tiempos de paz", dijo Cova finalmente, "pero no debemos olvidar lo que nos trajo hasta aquí. Somos como una colmena: unidos somos fuertes, pero si nos dividimos, caeremos. El espíritu está con nosotros, guiándonos. Escuchemos su llamado y cuidemos este equilibrio que hemos construido juntos".

El silencio que siguió fue profundo, casi tangible. Cova podía sentir las miradas de todos sobre ella, algunas llenas de comprensión y otras cargadas de duda. Pero sabía que había hecho lo correcto al compartir lo que el espíritu le había mostrado.

Esa noche, mientras el viento volvía a susurrar entre los árboles y las sombras danzaban bajo la luz de la luna, Cova sintió una extraña calma. Había plantado una semilla en los corazones de su gente. Ahora solo quedaba esperar a que germinara.

Cova se encontraba en el centro de la comunidad, rodeado por rostros expectantes. La tarde caía lenta, y el aire estaba impregnado de un silencio casi reverencial. Con voz pausada, comenzó a narrar sus recuerdos de la aldea, de aquellos días en que todo parecía girar en torno al espíritu de la colmena, una fuerza que, según las antiguas historias, conectaba a cada habitante en un lazo invisible pero inquebrantable.

"En aquellos tiempos," dijo Cova, "la colmena no era solo un lugar donde las abejas trabajaban incansablemente; era un símbolo. Un recordatorio de que cada uno de nosotros tenía un propósito en el

gran entramado de la vida. Pero algo cambió. Algo oscuro se infiltró, y ese equilibrio se rompió."

Las palabras resonaron como un eco en el ambiente. Sor María, quien había escuchado con atención desde el fondo de la sala, se adelantó con una expresión grave. "Cova," dijo en voz baja pero firme, "es tiempo de que busques en el archivo. Allí encontrarás la verdad que hemos temido enfrentar durante generaciones. Debes descubrir cuál es la amenaza que acecha a nuestra comunidad y a todas las aldeas de nuestro mundo."

Cova asintió, aunque un nudo de incertidumbre se formó en su pecho. El archivo era más que un conjunto de documentos; era una reliquia custodiada con celo por la Comunidad de Belmonte. Contenía secretos que muchos preferían dejar enterrados. Sin embargo, sabía que no podía ignorar la petición de Sor María. Si el espíritu les anunciaba peligros, era su deber actuar, pero no sabía cómo.

Esa misma noche, armada con una lámpara de aceite y un coraje incierto, Cova descendió al sótano donde se encontraba el archivo. El aire allí era denso y frío, cargado con el peso de los años. Las estanterías estaban repletas de pergaminos y libros antiguos, cada uno cubierto con una fina capa de polvo que hablaba de su antigüedad.

Tras horas buscando, sus manos temblorosas encontraron un manuscrito marcado con el símbolo de la colmena: una espiral intrincada rodeada por figuras indistintas. Al abrirlo, las palabras parecían susurrarle secretos olvidados. Hablaban de una sombra

que había intentado destruir el espíritu de la colmena mucho tiempo atrás, una amenaza que nunca fue completamente erradicada.

Cova sintió cómo un escalofrío recorría su espalda. Las últimas líneas del manuscrito parecían dirigirse directamente a ella: "Cuando el vínculo se debilite y la sombra regrese, solo aquel que recuerde el verdadero propósito podrá restaurar el equilibrio."

Con el corazón latiendo con fuerza, cerró el manuscrito y supo que su búsqueda apenas comenzaba.

Cova regresó al apiario al amanecer, cuando el aire aún estaba cargado del aroma dulce de la miel y el zumbido de las abejas apenas comenzaba a despertar. Había algo inquietante en el silencio que rodeaba el lugar, como si la naturaleza misma contuviera el aliento. El espíritu de la colmena debía tener respuestas, pero Cova sabía que no sería fácil obtenerlas.

Se acercó al centro del apiario, donde la colmena más antigua y grande se alzaba como un monolito vivo. Cerró los ojos y colocó las manos sobre la madera tibia de la estructura. Sintió el vibrar de miles de pequeñas vidas dentro, un ritmo casi hipnótico que resonaba en su pecho. Entonces, una voz, o tal vez un pensamiento que no era suyo, comenzó a formarse en su mente.

"La amenaza no viene de fuera," susurró el espíritu, su tono tan etéreo como el viento que acariciaba las flores cercanas. "Es una sombra que crece desde adentro, una fractura en el equilibrio del mundo. Aquí, en este lugar sagrado, la primera grieta se ha abierto."

Cova sintió un escalofrío recorrer su espalda. "¿Qué puedo hacer? ¿Cómo detenerlo?" preguntó en voz baja, temiendo que cualquier sonido más fuerte pudiera romper el frágil enlace con el espíritu.

"Escucha a las abejas," respondió la voz. "Ellas conocen los secretos que los humanos han olvidado. Pero ten cuidado: no todas las respuestas traerán consuelo. Algunas verdades son más amargas que la cera quemada."

De repente, el zumbido dentro de la colmena se intensificó, como si las abejas estuvieran reaccionando al mismo tiempo a algo invisible. Cova retrocedió un paso, pero no apartó la mirada de la colmena. Algo se movía en su interior, algo más grande que las abejas mismas.

Y entonces lo vio: una figura oscura, casi imperceptible, que parecía fusionarse con las sombras entre los árboles que rodeaban el apiario. No era humana, pero tampoco completamente ajena a este mundo. Cova sintió cómo su corazón latía con fuerza mientras la figura desaparecía tan rápido como había aparecido.

El espíritu habló por última vez antes de desvanecerse: "La amenaza para la humanidad no es solo lo que acecha en las sombras, sino lo que permitimos crecer en nuestros corazones. El equilibrio está en tus manos."

Cova permaneció allí, sola bajo el cielo cada vez más brillante, con más preguntas que respuestas y una sensación de urgencia que no podía ignorar.

En el silencio sepulcral del cenobio, el eco de los pasos de Cova resuenan como un susurro en la eternidad. Al llegar al archivo, el aire se torna denso, cargado de secretos antiguos. Sus manos se deslizan por los lomos polvorrientos de los libros, hasta que, de repente, uno de ellos cae al suelo. La cubierta, desgastada por el tiempo, revela un título que parece arder en la penumbra: *Profecías del Apocalipsis*.

Con cuidado, lo recoge, sintiendo un escalofrío recorrer su espalda. Al abrirlo, las páginas amarillentas se despliegan como un pergamino olvidado. La caligrafía, trazada por una mano temblorosa, revela palabras que resuenan más allá de la tinta y el papel:

Escribe al ángel de la iglesia en Laodicea: He aquí el Amén, el testigo fiel y verdadero, el principio de la creación de Dios, así habla:

Conozco tus obras, que no eres frío ni caliente. ¡Ojalá fueses frío o caliente! Mas, por cuanto eres tibio, y no frío ni caliente, te vomitaré de mi boca. Porque tú dices: Soy rico, y me he enriquecido, y de ninguna cosa tengo necesidad; y no sabes que eres un desventurado, miserable, pobre, ciego y desnudo. Por tanto, te aconsejo que de mí compres oro refinado en fuego, para que seas rico, y vestiduras blancas para vestirte, y que no se descubra la vergüenza de tu desnudez; y unge tus ojos con colirio, para que veas.

Yo reprendo y castigo a todos los que amo; sé, pues, celoso, y arrepiéntete. He aquí, estoy a la puerta y llamo; si alguno oye mi voz y abre la puerta, entraré a él, y cenaré

con él, y él conmigo. Al que venciere, le daré que se siente conmigo en mi trono, así como yo he vencido, y me he sentado con mi Padre en su trono. El que tiene oído, oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias.

El aire en la sala parece detenerse. Las palabras vibran en la mente de Cova, resonando como un eco de un destino ineludible. Mira a su alrededor, esperando encontrar a alguien más que haya escuchado lo que acaba de leer, pero está sola. Sola con el libro y la sensación de que algo antiguo y oscuro ha despertado.

El cenobio, que antes parecía un refugio de paz, ahora observa con ojos invisibles. ¿Es esto una advertencia? ¿Un mensaje destinado a ella? O tal vez, ¿una puerta hacia un destino desconocido?

Cova caminaba entre los pasillos oscuros de la antigua biblioteca, un lugar olvidado por el tiempo y las generaciones. Las estanterías de madera crujían bajo el peso de libros cubiertos en polvo, y el aire estaba impregnado de un aroma a papel viejo y secretos susurrados. Su misión era clara: encontrar la historia que nadie quería recordar, la verdad enterrada sobre cómo se llegó a la Gran Tribulación.

En sus manos temblorosas sostenía una linterna, cuya luz tenue apenas lograba iluminar los títulos de los tomos desgastados. "Crónicas de la Edad Perdida", "Los Susurros del Colapso", "El Hombre y su Sombra". Cada uno parecía prometer respuestas, pero Cova sabía que lo que buscaba no estaría tan a la vista. Los guardianes de la verdad siempre habían sido astutos.

Finalmente, sus ojos se posaron en un libro sin título, encuadrado en cuero negro y marcado con un extraño símbolo grabado a fuego: un círculo roto por una línea diagonal. Lo tomó con cuidado, sintiendo un escalofrío recorrerle la espalda. Al abrirlo, las primeras páginas parecían escritas en un idioma antiguo, pero conforme avanzaba, las palabras se transformaron en algo que podía comprender.

El texto hablaba de una época en la que el hombre vivía en armonía con su entorno, cuando las estrellas eran guías y no objetos de conquista. Pero con el tiempo, el hombre cambió. Su curiosidad se tornó codicia, y su deseo de entender el mundo dio paso a un anhelo insaciable de controlarlo. Construyeron máquinas para dominar la tierra, el agua y el aire, y en su arrogancia, olvidaron las leyes fundamentales que regían el equilibrio del universo.

El libro describía cómo las civilizaciones comenzaron a caer una tras otra, no por guerras externas, sino por conflictos internos. La desconfianza creció como una sombra oscura, y los hombres se volvieron enemigos de sí mismos. Las ciudades, antes llenas de vida, se convirtieron en ruinas silenciosas; los campos fértiles quedaron estériles bajo cielos teñidos de ceniza.

Pero lo más inquietante era lo que venía después. Según el texto, no fue solo la ambición del hombre lo que desencadenó la Gran Tribulación. Había algo más, algo que siempre había estado observando desde las sombras. Una presencia antigua, paciente y calculadora, que había esperado el momento adecuado para intervenir. El libro lo llamaba "El Vigía Silencioso", una fuerza que se alimentaba del caos y la desesperación. En las láminas de las

ilustraciones que jalonan el texto, siempre aparecía un búho observando la escena.

Cova sintió cómo su respiración se aceleraba mientras pasaba las páginas. Las últimas palabras eran apenas legibles, como si hubieran sido escritas con prisa: "El hombre de la antigüedad no era solo víctima de su propia naturaleza; fue guiado hacia su caída por aquello que nunca pudo comprender. Y ahora, en este nuevo ciclo, seguimos siendo observados."

Cerró el libro con un golpe seco y miró a su alrededor. De repente, el silencio de la biblioteca ya no le parecía tan vacío. Algo, o alguien, estaba allí con ella.

Capítulo 3

La Herencia de Covadonga

"Cada ser tiene un propósito en el gran entramado de la vida; al olvidarlo, el equilibrio se quiebra."

Sor Cova se encontraba en aquel estado intermedio entre el sueño y la vigilia, donde la realidad parece difuminarse y los pensamientos se entrelazan como hilos de niebla. En su sueño, estaba en un prado verde, tan puro y perfecto como todo lo que había en la Nueva Creación. La brisa era dulce, cargada con el aroma de flores silvestres y miel. Frente a ella, una niña de cabello castaño recogido en dos trenzas se balanceaba sobre sus pies descalzos. La niña tenía los ojos brillantes y una sonrisa que irradiaba inocencia.

—¿Cómo te llamas? —preguntó Sor Cova, aunque en el sueño su voz parecía flotar como un eco.

—Soy Cova —respondió la niña, con un tono alegre, como si no hubiera otra respuesta posible.

Sor Cova sintió un escalofrío recorrerle la espalda. Observó a la pequeña con más atención, notando que había algo familiar en sus rasgos, algo que resonaba en lo más profundo de su ser. Antes de que pudiera decir algo más, un hombre mayor apareció detrás de la niña. Tenía el cabello blanco como la nieve y una barba que le

llegaba al pecho. Sus ojos eran cálidos, llenos de historias no contadas.

—¡Papá Pepe! —exclamó la niña, corriendo hacia él y abrazándolo con fuerza.

El hombre rió, una risa grave y pausada que parecía resonar con el ritmo mismo de la tierra. Sor Cova se quedó inmóvil, observando cómo el abuelo acariciaba la cabeza de la niña con ternura.

—¿Me contarás la historia otra vez? —pidió la niña, levantando la mirada hacia él.

Papá Pepe asintió lentamente y comenzó a hablar. Sin embargo, las palabras parecían desvanecerse antes de llegar a los oídos de Sor Cova. Pudo distinguir fragmentos: "la colmena", "el círculo roto", "el don". Pero los detalles se le escapaban como arena entre los dedos. La frustración creció en su pecho mientras intentaba aferrarse a cada palabra.

De repente, el prado comenzó a desvanecerse. La niña y Papá Pepe se alejaron como si fueran figuras dibujadas en el agua que alguien había agitado. Sor Cova trató de llamarlos, pero su voz no salía. Entonces despertó.

El amanecer apenas despuntaba sobre el cenobio de Belmonte. Las primeras luces del día entraban tímidamente por las ventanas, iluminando las paredes de piedra y los muebles austeros de su celda. Sor Cova se sentó en su cama, con el corazón latiendo con fuerza. El sueño había sido tan vívido que aún sentía el aroma del prado y el calor del sol sobre su piel.

Sin perder tiempo, se vistió y salió en busca de Sor María, la superiora del cenobio. La encontró en el apiario, rodeada por el suave zumbido de las abejas que trabajaban incansablemente entre las flores. Sor María estaba inclinada sobre una colmena, observando con atención cómo las pequeñas criaturas iban y venían.

—Sor María —dijo Sor Cova, tratando de mantener su voz firme—. Necesito hablar con usted.

La superiora levantó la vista, sus ojos llenos de una calma insondable.

—¿Qué ocurre, hija?

Sor Cova le relató su sueño con todos los detalles que podía recordar: la niña que compartía su nombre, el anciano llamado Papá Pepe, las palabras que no logró comprender del todo. Sor María la escuchó en silencio, asintiendo de vez en cuando como si todo aquello le resultara familiar.

—No es un sueño cualquiera —dijo finalmente Sor María—. Lo que has visto es un eco del pasado... y tal vez del futuro. La niña que viste es tu tatarabuela, Covadonga. Y Papá Pepe... él fue quien trajo las primeras abejas a este lugar cuando el mundo fue restaurado.

Sor Cova sintió que el aire se volvía más denso a su alrededor.

—¿Mi tatarabuela? ¿Cómo es posible?

Sor María sonrió suavemente.

—En la Nueva Creación, los dones que Dios nos otorgó son más vastos de lo que podemos comprender. Tu tatarabuela fue una de las primeras niñas nacidas en este tiempo bendito. Ella recibió dones preternaturales: podía estar en dos lugares a la vez y viajar a través del tiempo, como observadora o incluso como participante. Esos dones han pasado a ti.

Sor Cova sintió un vértigo extraño al escuchar aquellas palabras. Todo lo que creía saber sobre sí misma parecía tambalearse.

—¿Sigue viva? —preguntó finalmente, con un hilo de voz.

—Sí —respondió Sor María—. Vive en una aldea cercana al cenobio. Tiene más de 800 años, pero para ella el tiempo no transcurre como para nosotros. Es posible que haya estado esperando este momento... tu llegada.

La superiora hizo una pausa antes de continuar.

—El libro que encontraste, el de tapas negras con el círculo rojo roto por una diagonal... fue escrito por su abuelo. Y las abejas que cuidas aquí son descendientes directas de las que Papá Pepe trajo consigo hace tantos años. Si buscas ese símbolo en las colmenas antiguas del apiario, tal vez encuentres respuestas.

Sor Cova sintió cómo algo se encendía en su interior: una mezcla de curiosidad, asombro y un deseo ardiente de saber más sobre sus raíces y sobre aquella misteriosa mujer que parecía estar conectada con ella a través del tiempo.

—Quiero conocerla —dijo finalmente, con determinación.

Sor María asintió.

—Entonces sigue el camino que Dios ha puesto ante ti. Pero recuerda: los dones que llevas dentro son tanto una bendición como una responsabilidad.

Con esas palabras resonando en su mente, Sor Cova volvió al apiario. Sus ojos buscaron entre las colmenas antiguas hasta dar con una especialmente desgastada por los años. En su superficie, apenas visible bajo capas de cera endurecida, estaba grabado el símbolo: un círculo rojo roto por una diagonal.

El zumbido de las abejas parecía intensificarse a su alrededor mientras posaba sus dedos sobre el símbolo. En ese momento supo que estaba a punto de desentrañar un misterio mucho mayor del que jamás había imaginado.

En una tarde cubierta por nubes densas, Sor Cova avanzaba por el sendero que la llevaba a la aldea. El aire estaba impregnado de un silencio extraño, roto únicamente por el crujir de las hojas secas bajo sus pasos. Había algo en el ambiente que le erizaba la piel, como si el tiempo mismo contuviera la respiración. Sor María le había hablado de aquel lugar, de la anciana que la esperaba, y

aunque sus palabras fueron cálidas, había algo en la historia que no terminaba de encajar.

Al llegar, la aldea parecía suspendida en el tiempo. Las casas, de madera vieja y techos inclinados, parecían observarla con curiosidad. Los pocos habitantes que se cruzaban en su camino susurraban entre ellos, como si su llegada despertara recuerdos olvidados. Frente a una casa pequeña, con un jardín descuidado donde las flores luchaban por sobrevivir, Sor Cova encontró a Mamá Cova, su tatarabuela.

La anciana tenía una mirada profunda y sabia, como si pudiera ver más allá de lo visible. Al verla, sonrió con ternura.

—Sabía que vendrías, pequeña —dijo con voz pausada—. Llevaba años esperando este momento.

Sor Cova se sentó junto a ella en un banco de madera, y ambas se miraron en silencio durante un instante que pareció eterno. Había algo inquietante y a la vez reconfortante en esa conexión. Mamá Cova acarició el rostro de su visitante con manos temblorosas.

—Te pareces tanto a mí cuando era joven —murmuró—. Y llevas mi nombre... Covadonga. Es como si el destino nos hubiera unido de nuevo.

El sol comenzaba a ocultarse tras las montañas cuando Mamá Cova empezó a hablarle de su abuelo, Papá Pepe, un hombre peculiar que dedicó gran parte de su vida a escribir sobre cosas que nadie más comprendía.

—Papá Pepe siempre decía que veía el tiempo como un río —explicó Mamá Cova—. Podía mirar hacia adelante y hacia atrás,

como si el pasado y el futuro fueran páginas de un libro que él podía leer a voluntad.

Sor Cova escuchaba con atención mientras Mamá Cova relataba una historia que parecía extraída de un sueño o de una pesadilla.

—Un día —continuó la anciana—, Papá Pepe me habló de algo que había escrito en su cuaderno. Era una advertencia sobre los cielos, sobre Júpiter y su luna Io, y sobre un asteroide llamado Eros. Decía que había visto un futuro donde el cosmos mismo parecía conspirar contra la Tierra.

Sor Cova sintió un escalofrío recorrerle la espalda mientras Mamá Cova describía lo que Papá Pepe le había contado:

—Él decía que Io, esa luna volcánica, se volvería inestable. La actividad solar, cada vez más intensa, afectaría todo el Sistema Solar. Io comenzaría a girar fuera de su eje, y una explosión colosal partiría esa luna en pedazos. Uno de esos fragmentos colisionaría con el asteroide Eros en el cinturón entre Marte y Júpiter, creando una cruz azul brillante en el espacio... pero no sería un espectáculo hermoso, sino una advertencia divina.

La anciana hizo una pausa, mirando al horizonte como si reviviera aquellos relatos en su mente.

—Papá Pepe decía que este evento sería conocido como el Gran Aviso —prosiguió—. La Tierra sería testigo de meteoritos cayendo como fuego del cielo, mares levantándose en olas gigantescas y una oscuridad que envolvería al mundo durante tres días. Pero también hablaba de esperanza... Decía que la Virgen y los ejércitos celestiales lucharían contra las fuerzas del mal en esos días de tinieblas.

Sor Cova no sabía qué pensar. La historia era tan increíble como aterradora, pero había algo en la voz de Mamá Cova que hacía imposible no creerla, al menos por un instante.

—¿Y qué pasó después? —preguntó finalmente Sor Cova.

Mamá Cova suspiró profundamente antes de responder:

—Papá Pepe decía que todo esto era un recordatorio de que la humanidad debía cambiar sus caminos, buscar la fe y prepararse para lo inevitable. Pero también decía que Dios es misericordioso y que siempre hay esperanza si sabemos escuchar las señales y actuar con humildad.

- El evento al que me referiero tuvo lugar en el año 2032. No se trata de algo que esté por venir en el futuro; esa historia del futuro te la contaré otro día, cuando sea el momento adecuado, Papá Pepe también me la contó. Por ahora, enfoquémonos en lo que ya ocurrió, en ese año que marcó un antes y un después, un año envuelto en sombras y secretos que aún susurran en los rincones más oscuros de la memoria.

La noche había caído por completo cuando Mamá Cova terminó su relato. Las estrellas brillaban con intensidad en el cielo oscuro, como si quisieran confirmar las palabras de la anciana. Sor Cova sintió una mezcla de temor y fascinación mientras miraba a su tatarabuela, quien ahora parecía más frágil pero también más luminosa bajo la luz plateada de la luna.

Antes de despedirse, Mamá Cova tomó las manos de Sor Cova entre las suyas y le dijo con voz firme:

—Recuerda esto, pequeña Covadonga: no importa lo oscuro que parezca el camino, siempre habrá luz al final si tienes fe y valor para buscarla.

Sor Cova asintió lentamente, dejando que aquellas palabras se grabaran en lo más profundo de su ser. Al regresar por el mismo sendero por el que había llegado, sentía como si cargara con un secreto ancestral, uno que no podía ignorar ni olvidar.

El viento soplaba entre los árboles, llevándose consigo las palabras de Mamá Cova y los ecos del pasado... y pronto quizás los del futuro.

Capítulo 4

El susurro de la colmena

"Cada ser tiene un propósito en el gran entramado de la vida; al olvidarlo, el equilibrio se quiebra."

En el apiario, el aire era dulce y denso, cargado del zumbido constante de las abejas. Sor Cova, con su hábito desgastado por los años y las estaciones, estaba sentada al lado de la colmena marcada con el símbolo del círculo abierto atravesado por una diagonal. Era una reliquia del pasado, una de las pocas colmenas que aún conservaban el diseño de los tiempos antiguos, cuando el mundo era otro. Le llamaban la colmena de Papa Pepe, aunque nadie recordaba ya quién había sido aquel hombre ni por qué su nombre seguía adherido a aquella estructura.

El calor del sol de mediodía envolvía a Sor Cova en una especie de trance. Cerró los ojos, dejando que el murmullo rítmico de las abejas la arrullara. No supo en qué momento exacto sucedió, pero pronto se encontró en un estado intermedio entre la vigilia y el sueño. Algo extraño ocurrió: sintió que su conciencia era absorbida, como si se deslizara por un túnel de luz dorada, directo al interior de la colmena.

Dentro, el espacio no era como lo había imaginado. No era oscuro ni claustrofóbico; todo estaba iluminado por un resplandor cálido que parecía emanar de las paredes mismas, hechas de cera pulida

y miel cristalina. Las abejas se movían a su alrededor con un propósito definido, formando patrones casi hipnóticos. En el centro, sobre un trono hecho de una sustancia brillante y desconocida, estaba la Reina.

Era majestuosa y diferente a cualquier abeja que Sor Cova hubiera visto antes. Su tamaño era imponente, y sus ojos reflejaban una sabiduría antigua, como si contuvieran los secretos del universo. La Reina habló sin mover sus mandíbulas; su voz resonó directamente en la mente de Sor Cova.

—Bienvenida, Sor Cova. Eres la primera humana en siglos que ha cruzado el umbral de nuestra colmena. Hay algo que debes saber.

Sor Cova no respondió, pero su mente estaba abierta, expectante. La Reina continuó:

—Cada colmena es un único ser vivo. Cada abeja que ves aquí tiene un propósito claro: protegernos, alimentarnos, perpetuarnos. Su amor por este propósito es tan grande que darían sus vidas sin dudarlo si nuestra comunidad estuviera en peligro. Pero este propósito no es egoísta; no es solo para nuestra supervivencia. Nuestro trabajo fecunda las flores, da vida a las plantas y asegura el equilibrio de la naturaleza. Si alguna vez perdiéramos nuestro propósito, todo lo que nos rodea comenzaría a desmoronarse.

La voz de la Reina se tornó más grave, cargada de un peso que Sor Cova sintió en su propio pecho.

—El hombre también tiene un propósito. No solo sobrevivir y reproducirse, sino ser un guardián de la creación. Su misión es

colaborar con la naturaleza, traer orden donde hay caos, armonía donde hay desorden. Pero el hombre está olvidando su propósito. La abundancia que le rodea lo ha adormecido; ya no rinde honor al Creador ni encuentra gozo en su misión. Si esto continúa, el caos volverá a reinar sobre la tierra.

Sor Cova sintió un escalofrío recorrerle la columna. La Reina continuó:

—Recuerda las palabras del ángel a la iglesia de Laodicea: "Por cuento eres tibio, y no frío ni caliente, te vomitaré de mi boca". El hastío del hombre lo está llevando a la tibieza espiritual. Y si no despierta pronto, todo lo que fue restaurado después del gran evento cósmico volverá a caer en ruinas.

De repente, Sor Cova sintió que era expulsada de aquel mundo luminoso. Abrió los ojos con un sobresalto; estaba de nuevo en el apíario, sentada junto a la colmena de Papa Pepe. Las abejas seguían zumbando a su alrededor como si nada hubiera ocurrido, pero ella sabía que algo había cambiado en su interior.

Esa noche, después de las vísperas, habló con Sor María en la penumbra del claustro.

—Sor María —dijo Sor Cova en voz baja—, he tenido una visión.

Sor María levantó la vista de su rosario y la miró con atención. Era una mujer menuda pero firme, con ojos que parecían capaces de atravesar cualquier mentira o duda.

—Cuéntame —respondió simplemente.

Sor Cova relató todo lo ocurrido en el apiario: la colmena, la Reina, las palabras sobre el propósito perdido del hombre. Cuando terminó, Sor María permaneció en silencio unos instantes, como si estuviera sopesando cada palabra.

—El mensaje es claro —dijo finalmente—. El hombre ha olvidado para qué fue creado. Hemos caído en la complacencia porque hemos dejado de mirar hacia arriba, hacia el Creador.

—¿Qué podemos hacer? —preguntó Sor Cova con un hilo de voz.

Sor María apretó el rosario entre sus manos y sus ojos brillaron con una determinación casi feroz.

—Debemos recordarles su propósito. Debemos despertar sus almas antes de que sea demasiado tarde.

Pasaron horas discutiendo un plan. No sería fácil; el mundo estaba sumido en una especie de letargo espiritual. Pero ambas sabían que no podían quedarse de brazos cruzados mientras el caos acechaba en el horizonte.

Cuando los primeros rayos del amanecer comenzaron a iluminar el cenobio de Belmonte, Sor Cova y Sor María estaban ya decididas. No sabían exactamente cómo llevarían a cabo su misión ni qué peligros enfrentarían en el camino, pero tenían fe en que el Creador les guiaría.

Y mientras las campanas matutinas llamaban a las hermanas a la oración, una abeja solitaria voló desde el apiario hasta la ventana

de Sor Cova. Se posó en el alféizar y permaneció allí unos segundos antes de alzar el vuelo nuevamente hacia el cielo infinito.

Era un recordatorio silencioso: tenían un propósito que cumplir. Y no podían fallar.

Durante la oración Sor Cova se encontró en un sopor agradable, estaba en casa de su tatarabuela, hablando con ella.

Sor Cova salió de la ensoñación con el corazón encendido, pero también cargado de preguntas. Las palabras de mamá Cova resonaban en su mente como un eco interminable: "Oro refinado en fuego, vestiduras blancas, colirio para los ojos..." Era como si cada frase estuviera envuelta en un velo de misterio, un acertijo que debía descifrar.

Esa noche, mientras la luna llena derramaba su pálida luz sobre el convento, Sor Cova se dirigió a la capilla. El silencio era absoluto, roto apenas por el crujir de sus pasos sobre las viejas baldosas. Se arrodilló frente al altar, donde la tenue llama de una vela parecía parpadear al ritmo de su respiración.

"¿Qué significa todo esto?" murmuró, casi sin darse cuenta. Pero en el aire pesado de la capilla, su voz parecía cobrar vida propia, como si alguien más estuviera escuchando.

La carta del ángel a la Odisea... ¿Por qué mamá Cova había mencionado esas palabras? Sor Cova no podía recordar bien lo que había leído hace ya algunas semanas. Sin embargo, algo en su interior le decía que debía buscar. Esa misma noche, regresó a la biblioteca del convento, un lugar que siempre le había parecido

más un laberinto que un refugio. Las estanterías repletas de libros antiguos proyectaban sombras inquietantes bajo la luz de las lámparas de aceite.

Sus dedos recorrieron los lomos de los libros hasta que encontró uno que parecía llamarla: un volumen polvoriento con letras doradas desvanecidas en la portada. Al abrirlo, sus ojos se encontraron con un pasaje que hablaba de un tesoro que no era de este mundo, un oro que no se podía tocar pero que podía transformar el alma.

"El oro refinado en fuego es el sacrificio puro", leyó en voz baja. "El fuego no destruye, sino que purifica. Y las vestiduras blancas son el reflejo de un corazón limpio, una vida vivida en servicio y verdad."

De repente, sintió un escalofrío recorrerle la espalda. No estaba sola en la biblioteca. Giró lentamente la cabeza y vio una sombra moverse entre las estanterías.

"¿Quién está ahí?" preguntó con voz temblorosa.

No hubo respuesta, pero la sombra se detuvo y pareció observarla desde la penumbra. Sor Cova sintió que su corazón se aceleraba, pero también una extraña paz la invadió. Era como si esa presencia no quisiera dañarla, sino guiarla.

"El colirio para los ojos..." susurró una voz apenas audible, como el susurro del viento entre los árboles. "Es lo que necesitas para ver."

Y entonces todo quedó en silencio. La sombra desapareció y Sor Cova se quedó sola con el libro entre las manos. Pero ahora sabía

lo que debía hacer: buscar más allá de lo evidente, mirar con ojos nuevos y abrir su corazón a lo que aún no comprendía.

Al salir de la biblioteca, el primer rayo del amanecer comenzaba a teñir el cielo de un tono rosado. Sor Cova respiró profundamente y sintió que algo dentro de ella había cambiado. El misterio seguía ahí, pero ahora no le temía; lo abrazaría con fe y determinación, sabiendo que cada paso la acercaría más al verdadero oro, a las vestiduras blancas y al colirio que abriría sus ojos al infinito.

Capítulo 5.

Ecos de luz y sombra

"La verdadera luz no solo ilumina el camino, sino que también despierta los corazones adormecidos en la oscuridad."

En el silencio profundo de la noche, cuando las estrellas parecían susurrar secretos que solo los corazones atentos podían escuchar, Sor Cova y Sor María se encontraron en un sueño compartido. La bilocación, ese don que el Creador les había concedido, las unía en un plano etéreo donde la distancia y el tiempo carecían de significado. Allí, entre sombras y luces danzantes, decidieron su próximo destino: las aldeas que clamaban por un propósito perdido.

Con un susurro apenas perceptible, sus almas se deslizaron hacia la primera aldea. Era un lugar humilde, donde los tejados de paja se inclinaban bajo el peso de los años y las calles de tierra parecían guardar las huellas de generaciones pasadas. Aquí, los habitantes aún recordaban, aunque vagamente, que todo lo que poseían provenía del Creador. Sor Cova y Sor María caminaron entre ellos, invisibles a los ojos, pero presentes en el espíritu. Sembraron en los corazones una chispa de amor y gratitud, recordándoles que cada bendición debía compartirse, que la soledad no tenía cabida en una comunidad unida por el amor divino.

Sin embargo, su viaje no terminaba allí. Había más almas que necesitaban ser despertadas. Flotaron juntas hacia otra aldea, y luego a otra, llevando consigo el eco de su mensaje. Pero fue en la aldea más grande que habían conocido hasta entonces donde el peso de su misión se hizo más evidente.

La aldea era vasta y bulliciosa, pero algo en el aire era distinto: una frialdad que calaba más allá de la piel. Las calles estaban llenas de gente, pero sus miradas eran vacías. Algunos buscaban entre los desechos algo que pudiera llenar sus manos, mientras otros caminaban sin rumbo, como si hubieran perdido no solo su propósito, sino también su conexión con los demás. Era una comunidad fragmentada, donde cada uno parecía vivir para sí mismo, sin mirar al prójimo.

Sor Cova y Sor María sintieron una punzada en el alma. Este lugar había olvidado por completo su misión. Decidieron buscar a los mayores de la comunidad, aquellos que antaño habían guiado a su gente con sabiduría y compasión. Los encontraron reunidos en una sala grande pero sombría, donde las velas parpadeaban como si temieran ser apagadas por el viento del olvido.

Las monjas se manifestaron ante ellos con una presencia etérea que llenó la sala de un extraño brillo. Los mayores escucharon con atención cuando Sor Cova habló:

—Habéis olvidado vuestra misión dada por el Creador. Todo lo que poseéis no os pertenece; es un don para ser compartido. ¿Cómo podéis permitir que vuestra gente deambule sola y perdida mientras otros acumulan más de lo que necesitan? El propósito de esta comunidad no es la acumulación ni el egoísmo, sino el cuidado mutuo.

Sor María añadió con voz suave pero firme:

—El amor del Creador fluye a través de cada uno de nosotros como un río interminable. Si lo contenéis solo para vosotros mismos, se estancará y se perderá su esencia. Debéis recordar: nadie debe sentirse solo ni abandonado.

Los mayores se miraron entre sí con rostros tensos. Uno de ellos, un hombre de cabello blanco como la nieve, habló con voz quebrada:

—No es que hayamos olvidado... es que hemos sido vencidos por la desesperanza. Nuestra gente ha cambiado. Ya no escuchan, ya no quieren compartir. Cada uno vive para sí mismo y rechaza cualquier intento de unión.

Las monjas no mostraron enojo ante estas palabras; en cambio, dejaron caer un silencio denso que parecía envolver a todos los presentes. Finalmente, Sor Cova respondió:

—La desesperanza es una sombra que solo puede disiparse con luz. Vosotros sois los guardianes de esa luz en esta comunidad. Si permitís que se extinga en vosotros, ¿cómo esperáis encenderla en los demás?

Sor María añadió:

—No será fácil, pero debéis comenzar con pequeños actos. Un gesto de bondad puede sembrar una semilla en el corazón más endurecido. Recordad: no estáis solos en esta tarea; el Creador camina con vosotros.

Los mayores bajaron la cabeza, algunos con lágrimas en los ojos. Sabían que las palabras de las monjas eran ciertas, pero también sentían el peso del desafío que tenían por delante.

Cuando Sor Cova y Sor María abandonaron la sala, dejaron tras de sí un rastro de esperanza tenue pero palpable. La aldea no cambiaría de la noche a la mañana, pero las monjas sabían que habían plantado una semilla. Y como toda semilla, necesitaría tiempo y cuidado para crecer.

Mientras sus almas ascendían nuevamente al plano etéreo, las monjas intercambiaron una mirada silenciosa pero llena de determinación. Su misión continuaba; aún había muchas aldeas por visitar y muchos corazones por despertar. El amor del Creador era infinito, y ellas serían sus portadoras mientras les quedara aliento en el espíritu.

La noche seguía envolviendo al mundo en su manto misterioso cuando desaparecieron entre las sombras, dejando tras de sí un eco apenas audible: "Recordad vuestro propósito".

En el cenobio, la penumbra de las lámparas de aceite proyectaba sombras inquietantes sobre las paredes de piedra. Las hermanas, envueltas en sus hábitos negros, se reunieron en círculo, sus murmullos apenas audibles mientras invocaban al Creador. Había una tensión en el aire, una sensación de que lo que estaban a punto de emprender era algo más allá de lo terrenal.

El don de la bilocación había sido concedido a todas ellas, un regalo divino que les permitiría estar en dos lugares al mismo tiempo. Sin embargo, no todas lo recibieron con la misma gracia.

Sor Cova y Sor María, quienes ya habían experimentado la bilocación, se mantenían apartadas, sus rostros marcados por algo que las demás no podían entender. Era como si una sombra invisible las envolviera, como si hubieran visto algo en su otra existencia que las había cambiado para siempre.

Las hermanas se dividieron en parejas y partieron hacia las aldeas, llevando consigo su fe y su misión. Pero conforme avanzaban, comenzaron a surgir rumores. En algunas aldeas, los aldeanos hablaban de figuras que parecían humanas pero cuyos ojos carecían de vida, como si fueran cáscaras vacías. Decían que estas figuras aparecían al caer la noche, susurrando palabras incomprensibles y dejando un rastro de inquietud a su paso.

Sor Cova y Sor María, al regresar al cenobio tras una de sus misiones, se encerraron en sus celdas y no hablaron con nadie. Las otras hermanas intentaron acercarse a ellas, pero sus miradas eran como espejos rotos, reflejando fragmentos de algo indescriptible. Una noche, Sor Clara, la más joven y curiosa de la comunidad, decidió espiar a través de la rendija de la puerta de Sor Cova. Lo que vio hizo que retrocediera con un grito ahogado: Sor Cova estaba sentada en el suelo, pero su sombra en la pared no se movía al unísono con ella. Era como si tuviera vida propia.

La noticia se propagó rápidamente entre las hermanas. El ambiente en el cenobio se volvió cada vez más opresivo. Las oraciones se llenaron de súplicas silenciosas, y las noches se tornaron interminables. Algunas comenzaron a preguntarse si el don que habían recibido era realmente un regalo o una prueba que no todas estaban destinadas a superar.

Una madrugada, Sor María desapareció sin dejar rastro. En su celda solo quedó una marca oscura en el suelo, como si algo se hubiera quemado allí. Las hermanas buscaron por todo el cenobio y las aldeas cercanas, pero no encontraron nada. Solo Sor Cova parecía saber algo, pero sus labios permanecieron sellados.

Con el tiempo, las misiones continuaron, pero la comunidad nunca volvió a ser la misma. Las sombras en las paredes parecían más largas, los ecos en los pasillos más profundos. Y aunque nadie lo decía en voz alta, todas sabían que algo había cambiado en su mundo. Algo que no podían nombrar pero que las observaba desde los rincones más oscuros del cenobio.

Y así, entre oraciones y misterios, el cenobio siguió adelante, envuelto en un velo que ninguna luz lograba disipar por completo.

El búho vigilante, con sus ojos penetrantes como abismos nocturnos, observa desde lo alto de la torre más antigua del convento. Nadie sabe cómo llegó allí ni por qué nunca se marcha. Su presencia es un enigma, un susurro oscuro que recorre los pasillos en las noches más silenciosas. Las monjas, envueltas en sus hábitos, sienten su mirada como un peso invisible que les opriime el alma.

Dicen que el búho no es un ave común. Algunos murmurran que es un espíritu errante, un heraldo de discordias que se alimenta de los temores y las dudas. Otros aseguran que es un enviado de fuerzas más profundas, un vigilante de intenciones desconocidas. Pero todas coinciden en algo: su llegada marcó el inicio de extraños sucesos.

Las velas se apagan sin razón, los cánticos se interrumpen con ecos que no pertenecen a ninguna voz humana, y las sombras parecen alargarse más de lo natural. Las monjas, temerosas pero resueltas, se reúnen cada noche en la capilla. Unidas en sus oraciones, alzan sus voces al Creador, buscando protección contra aquello que no logran comprender. Su fe es su escudo, una luz tenue pero constante frente a la oscuridad que parece acecharlas.

El búho no se inmuta. Desde su percha, observa, inmóvil pero siempre presente. Sus ojos reflejan secretos que nadie quiere desentrañar. Y aunque las monjas rezan con fervor, todas saben, en lo más profundo de su ser, que el verdadero enfrentamiento aún está por venir.

La unión de las hermanas desató un eco en el plano espiritual, un vínculo tan poderoso que agitó las sombras de los espíritus errantes. Estos, atraídos por la energía que emanaba de aquel lazo inquebrantable, comenzaron a congregarse, susurros y lamentos llenando el aire como un presagio de algo inminente.

No tardaron en organizarse. Creían que aquella fuerza recién nacida era una amenaza para su existencia errante, para su eterno vagar entre los velos del mundo. Con cada paso que daban, la oscuridad parecía cobrar vida, envolviéndolos en una especie de armadura intangible, lista para la batalla.

Sin embargo, las hermanas, conscientes del peligro que se cernía sobre ellas, no retrocedieron. Sabían que su unión no era una casualidad, sino un destino tejido mucho antes de que sus almas vieran la luz del mundo. En silencio, se tomaron de las manos, cerrando los ojos y dejando que su conexión guiara sus acciones.

La batalla no sería como las que se libran con espadas o palabras. Era una confrontación de voluntades, de energías invisibles que chocaban en un campo donde el tiempo y el espacio dejaban de tener significado. Los espíritus errantes atacaron con furia, confiados en su victoria. Pero lo que no comprendían era que la fuerza de las hermanas no provenía de la lucha, sino de la armonía.

Cuando el primer embate de los espíritus chocó contra ellas, una luz tenue comenzó a emanar de sus cuerpos. No era una luz abrasadora ni violenta; era cálida, serena, como el amanecer después de una noche interminable. Los espíritus se detuvieron, confundidos. Algo en aquella luminosidad despertó en ellos recuerdos olvidados, fragmentos de humanidad que creían perdidos.

La batalla que creían ganada se transformó en algo distinto. La unión de las hermanas no buscaba destruir ni vencer; buscaba sanar. Y mientras los espíritus errantes se enfrentaban a la verdad de lo que habían sido y lo que habían perdido, el campo espiritual comenzó a cambiar. Las sombras retrocedieron, dejando espacio para una paz desconocida.

Cuando todo terminó, las hermanas abrieron los ojos y supieron que algo había cambiado para siempre. Los espíritus ya no eran errantes; ahora eran libres. Y ellas, guardianas de esa luz misteriosa, entendieron que su unión era solo el comienzo de un propósito mucho mayor.

En un rincón olvidado del tiempo, donde los cielos eran perpetuamente dorados y las tierras se extendían como un lienzo

perfecto, el caos comenzó a susurrar su regreso. El búho, con ojos profundos y llenos de secretos, observaba desde las sombras. Sabía que su primera batalla estaba perdida, pero no era el fin. No para él. Las almas errantes, aquellas que vagaban sin rumbo ni propósito, comenzaron a acudir a su llamado. Les ofrecía algo más que un propósito: les prometía la libertad de romper con el orden que los aprisionaba.

Mientras tanto, en el centro de este mundo perfecto, Sor Cova buscaba respuestas. Su corazón estaba inquieto, y sabía que el equilibrio que tanto amaba estaba en peligro. Fue entonces cuando se dirigió a Mama Cova, la guardiana de los secretos antiguos. Mama Cova, con su voz pausada y llena de sabiduría, le habló de algo que Sor Cova no esperaba escuchar.

"El creador mismo ha permitido este caos", dijo Mama Cova, sus ojos brillando con un conocimiento insonable. "Papa Pepe siempre lo decía: el juicio final no es solo un evento, es una criba. Una prueba para separar a los verdaderos amantes de la paz de aquellos cuya tibieza los hace indignos ante los ojos del creador."

Sor Cova sintió un escalofrío recorrer su cuerpo. ¿Cómo podía ser esto? ¿Cómo podía el creador permitir tal destrucción en su mundo perfecto? Pero entonces recordó las palabras de Papá Pepe, un eco distante de sabiduría: "El oro debe pasar por el fuego para brillar."

El búho y sus seguidores se preparaban en las sombras, mientras Sor Cova reunía a los habitantes de las aldeas para advertirles del peligro inminente. Pero no todos estaban dispuestos a escuchar. Algunos se aferraban a la perfección de su mundo, negándose a

creer que algo pudiera perturbarlo. Otros, en cambio, comenzaban a dudar, sus corazones tambaleándose entre la fe y el miedo.

Las primeras señales del caos comenzaron a manifestarse: las cosechas se marchitaban sin razón aparente, los ríos cristalinos se teñían de rojo al amanecer y las estrellas parecían parpadear con un ritmo extraño, como si estuvieran enviando un mensaje que nadie podía descifrar.

Sor Cova sabía que el tiempo se agotaba. Se arrodilló en la capilla central de la aldea y elevó una plegaria al creador. "Dame fuerzas para guiar a tu pueblo", susurró. Pero en lo profundo de su ser, sabía que esta batalla no sería solo contra el búho y sus seguidores. Sería una batalla dentro de cada alma, una lucha entre la luz y la oscuridad que habitaba en todos ellos.

El juicio final había comenzado, y el destino del mundo perfecto pendía de un hilo invisible, tejido por las decisiones de cada ser que lo habitaba.

Capítulo seis:

La última llamada del creador

"La verdadera libertad no radica en elegir sin restricciones, sino en la capacidad de elegir amar en cada decisión."

El último capítulo de la historia de la humanidad se escribe en el silencio profundo del universo, donde el eco de las decisiones tomadas resuena eternamente. El Creador, con su mirada infinita y su paciencia eterna, observa el desenlace de lo que una vez fue su obra más preciada. Había dado a su criatura el don más sublime y peligroso: la libertad. Y con ella, la responsabilidad de elegir.

En el último día, cuando el tiempo ya no tiene más espacio para avanzar, la humanidad se encuentra en un cruce de caminos. Los cielos oscuros se iluminan con una luz que no proviene de estrellas ni soles, sino de una presencia que trasciende toda comprensión. Es el Creador, quien por fin se revela plenamente, no como un juez severo, sino como un padre que anhela reunirse con sus hijos.

“Les di la libertad para que pudieran elegir amar”, dice su voz, resonando en cada rincón del ser humano. “No quería esclavos, ni autómatas. Quería corazones que comprendieran el valor de la verdad y la belleza de la misericordia”.

En ese momento, todo se aclara. Las desigualdades que habían dividido a los hombres y mujeres durante siglos no fueron errores ni

castigos, sino oportunidades. Cada lágrima derramada, cada mano extendida al prójimo, cada sacrificio hecho por amor a otro había sido un reflejo del corazón del Creador. Pero no todos lo entendieron.

Algunos habían cerrado sus ojos y endurecido sus corazones, buscando sólo su propio beneficio. Otros, cegados por el orgullo, habían despreciado la compasión como si fuera una debilidad. Sin embargo, también estaban aquellos que habían visto más allá del velo de las apariencias. Habían amado la verdad aun cuando dolía, habían mostrado misericordia incluso cuando les costaba todo.

El Creador extiende su mano, y en ella hay una invitación silenciosa. No obliga, no exige. Solo espera.

“He aquí, yo estoy a la puerta y llamo; si alguno oye mi voz y abre la puerta, entraré a él, y cenaré con él, y él conmigo”, dice con ternura. “Pero solo pueden entrar quienes aman la verdad y sean misericordiosos con toda la creación. Porque mi casa no es un lugar físico; es un estado del ser. Es vivir en unidad conmigo y con todo lo que he creado”.

Uno a uno, los corazones humanos son expuestos a la luz. No hay máscaras ni mentiras que puedan esconderse bajo su resplandor. Algunos sienten un calor reconfortante y dan un paso adelante, aceptando la invitación con lágrimas de gratitud. Otros retroceden, incapaces de soportar la verdad que nunca quisieron enfrentar.

La humanidad se divide no por imposición, sino por elección.

Y así, el Creador da la bienvenida a aquellos que han entendido el propósito de su existencia. No son perfectos, pero han amado y han intentado reflejar, aunque sea débilmente, la compasión y el amor que Él les mostró desde el principio.

El último capítulo no termina con un juicio final ni con un castigo eterno. Termina con una puerta abierta y una decisión que cada alma debe tomar por sí misma.

El universo guarda silencio una vez más, pero esta vez es un silencio lleno de esperanza. Porque aquellos que eligieron entrar en la casa del Creador no lo hicieron por miedo ni por obligación, sino porque finalmente entendieron: amar es el propósito último de toda existencia.

Y así, el Creador vive cara a cara con sus criaturas, como siempre había deseado.

FIN

Contraportada del Libro

En un futuro distante, en el año 2850, la humanidad se encuentra al borde de su existencia tras un cataclismo cósmico que ha dejado a sus sobrevivientes en un estado de incertidumbre. El Creador, en su infinita compasión, interviene para restaurar su obra más preciada, ofreciendo un nuevo comienzo en un mundo que florece como un vergel.

A través de la historia de Covadonga, conocida como Sor Cova, seguimos su viaje hacia un cenobio donde mujeres consagradas buscan la verdad y el propósito. Guiada por un ángel, Cova se adentra en un espacio sagrado, donde la libertad y la responsabilidad se entrelazan en un delicado equilibrio.

En este relato, la lucha interna de la humanidad se revela: la búsqueda de la autenticidad frente a las sombras del pasado, el dolor por los pecados cometidos y la esperanza de un futuro redentor. A medida que el eco de decisiones pasadas resuena en el silencio del universo, la novela invita al lector a reflexionar sobre la naturaleza de la libertad y el impacto de nuestras elecciones en el gran tejido del destino humano.

Una obra que trasciende el tiempo, explorando la esencia del ser, el amor divino y la búsqueda de la verdad en un mundo que anhela renacer.